

Miércoles XXIX del TO
Ciclo B



23 de octubre de 2024

Ef 3, 2-12

Salmo: Is 12

Lc 12, 39-48

P. Eduardo Suanzes, msp

Es claro que el evangelio de hoy nos habla de la vigilancia. Jesús, como acostumbra a hacer en sus parábolas, utiliza imágenes, ejemplos extremos para resaltar más claramente lo que quiere que comprendamos.

Para hablarnos de la vigilancia ante su venida nos pone en consideración dos parábolas. En la primera de ellas él mismo se compara a un ladrón que llega de noche y que, como es habitual, hará inesperadamente un boquete en la pared para robar lo que hay en el interior de la casa. Aquí está la exageración de la parábola para que comprendamos. Naturalmente Jesús no es ningún ladrón, ni quiere robarnos nada. Lo único que está resaltando **es la sorpresa del acontecimiento**.

Me imagino a Jesús pensando: « ¿Cómo les explico a estos que mi venida es una auténtica sorpresa? ¿Cómo les hago entender que ese acontecimiento es inesperado? ¿Qué ejemplo les pondré para que comprendan? Vamos a ver...Lo que caracteriza mi venida ¿qué es?... ¡pues el factor sorpresa! ¿Qué otro suceso se produce por sorpresa en la vida cotidiana de estos muchachos con que la pueda comparar? ¡Ya sé! El ladrón aprovecha la noche precisamente para eso. A ningún ladrón se le ocurre robar a plena luz del día, delante de todo el mundo. Lo que busca es precisamente la sorpresa, lo inesperado». Y así se le ocurre la parábola que hemos oído.

Fíjense que la característica de la venida de Jesús es la sorpresa, lo inesperado, lo sorprendente. No hay que considerar el factor de la sorpresa como algo amenazante, negativo. Jesús no quiere decir eso. Utiliza la imagen del ladrón para darnos a entender que la sorpresa exige de nosotros una preparación, una vigilancia, yo diría, más bien, un *estar alerta* ante el acontecimiento. Esto es lo que quiere decir Jesús. Porque, como digo, dicho acontecimiento no es amenazante, ni inquietante...Todo lo contrario. La venida de Jesús, para sus amigos, es un acontecimiento luminoso, festivo y amoroso.

Es cierto que Jesús se está refiriendo a su segunda venida, pero no es menos cierto que Jesús viene a nosotros constantemente, todos los días...La segunda venida de Jesús nos queda todavía lejos (¡quién sabe!); pero lo que es seguro es que la venida cotidiana de Jesús está en nuestra vida, no del mañana, sino del ahora. Por tanto, si traducimos la parábola de Jesús a esta venida suya cotidiana ¿cómo la podemos entender?

Fíjense que se trata de *estar alerta* cotidianamente para disfrutar de la sorpresa del encuentro con Jesús que se produce cada día, en cada instante. *Estar alerta* supone ser conscientes de su venida; supone disponer todos mis sentidos para el encuentro; significa

estar atento, despierto, ante lo que se va a producir. En la vida espiritual se habla de **atención amorosa a Dios** para designar esa disposición interna que hace que **cuando Jesús quiera buscar a su seguidor, inmediatamente lo encuentre**.

En la segunda parábola que Jesús utiliza para que comprendamos esto de su venida, nos habla de lo feliz que será el siervo fiel y prudente que el amo pone al frente de su servidumbre para que les reparta las raciones a su tiempo y lo encuentra, cuando viene, ocupado en eso. Aquí al siervo se le da una responsabilidad que tiene que ver con personas, no con cosas. Se trata de que el siervo haga las veces del amo, alimentando y cuidando al resto de la servidumbre mientras él no está. Y que ese encuentro cuando el amo llega será dichoso si estamos al cuidado de nuestros hermanos.

Juntando las dos reflexiones deducimos lo siguiente: e ese estar alerta, esa atención amorosa a Dios solo se entiende y es auténtica cuando se tiene una atención amorosa al hermano. Esa es la vivencia de nuestro sacerdocio bautismal. La vigilancia, el estar alerta, en realidad se reduce a vivir nuestro sacerdocio bautismal en toda su plenitud.